

PRESENTACIÓN

AL INICIAR ESTA NUEVA SECCIÓN, *Historia Mexicana* abre sus páginas al examen de opiniones diversas, de puntos de vista distintos, a veces opuestos, sobre asuntos de interés para los historiadores. El *debate*, como lo concibe esta revista, es una incitación a la reflexión, al diálogo crítico, incluso a la refutación cordial, con el afán de inducir al conocimiento y fomentar desde la palabra impresa la pluralidad de corrientes historiográficas que confluyen en nuestra disciplina y que de ella surgen. En este sentido, *Historia Mexicana* bien puede preciarse de continuar así los propósitos iniciales de sus fundadores y de darles el impulso de una experiencia acumulada durante casi cuatro décadas.

Este primer *Debate*, se inicia con la colaboración de cuatro distinguidos estudiosos del pasado mexicano. Huelgan en este caso las presentaciones, pero de ninguna manera sobra agradecer su participación en esta empresa. Nunca es fácil contar con textos clave para repensar la historia y mucho menos con la voluntad —y el tiempo— de sus autores para preparar trabajos particulares y exponer, refutar, sostener y cuestionar distintos aspectos de los asuntos tratados. Nuestros cuatro colaboradores se han lanzado a esta tarea con el afán auténtico de examinar posturas encontradas y avanzar en el conocimiento científico a través del diálogo aunado a la crítica rigurosa. Hacemos votos porque otros sigan pronto su ejemplo a través de estas páginas.

El texto central de Enrique Florescano es una versión revisada de su reciente discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, sobre la fabricación de la memoria histórica a través del mito como vehículo de un ideal colectivo, de una identidad nacional. Con estilo ágil y claro, Florescano replantea el estudio del relato mítico, en este caso en el mundo mexicana, no como una narración de hechos realmente ocurridos sino como el discurso simbólico que interpreta, recrea y legitima el pasado. Para sustentar su análisis, este autor recurre al examen de la estructura mítica a través de la descodificación del pensamiento antiguo y de los símbolos, de la hermenéutica del relato, del estudio del valor semántico del mito. La tensión y resolución del conflicto entre la historia objetiva y la ficción del mito son, en esencia, los hilos conductores de la sugerente reflexión con la que Florescano abre este *Debate*.

Alfredo López Austin, Pedro Carrasco y Georges Baudot centran sus comentarios en el problema de la dicotomía o de la fusión del mito y la historia y, aunque parten de supuestos diversos, llegan a coincidencias generales. La relación entre el arquetipo y la individualidad, entre los dioses y los hombres, entre los paradigmas y los casos, entre lo sagrado y lo secular presenta innumerables escollos para el arqueólogo, el historiador, el antropólogo, el filólogo. Para estos comentaristas, la exégesis del mito por sí sola no es suficiente, y sus propuestas, según sus intereses y enfoques particulares, van desde la revisión crítica y empírica de la historiografía existente —sobre cuyo carácter contradictorio no parece haber duda—, hasta la interpretación detenida de los múltiples componentes culturales, humanos, sociales que integran las diversas versiones de la tradición histórica de un pueblo y su comparación con la de otros semejantes. A estas propuestas añaden el examen del discurso mítico según los instrumentos que proporcionan el análisis textual e iconográfico, el estudio del significado de la lengua, de las creencias, del complejo universo de imágenes y símbolos, y el contraste y la comparación entre los lenguajes simbólicos nuevos y los viejos mecanismos mitogenéticos.

En su réplica, Enrique Florescano recapitula y puntualiza

lo esencial de su argumentación y responde, implícita o explícitamente, a sus comentaristas. Reitera la dificultad de penetrar los sistemas míticos de una cultura con los instrumentos y categorías tomados de culturas ajenas, y subraya lo específico del pensamiento, del lenguaje y de los símbolos de un universo particular. En su respuesta cuestiona la idea de que los textos históricos sobre el pasado remoto tengan mayor autoridad para su estudio que los relatos míticos, y lleva su argumentación hasta dudar del valor mismo de las fuentes tradicionalmente utilizadas por los historiadores. La falta de fuentes fidedignas, el anacronismo de los textos antiguos, el problema de la confiabilidad es, para Florescano, obstáculo insalvable en el análisis del pasado a través de la historiografía establecida y uno de los argumentos principales para rescatar la interpretación del mito como un camino alternativo para llegar a la historia verdadera.

No es aventurado anticipar que los lectores tienen en sus manos textos importantes que, además de replantear nuevos caminos hacia el conocimiento del pasado mesoamericano, los incitarán a repensar el problema del análisis histórico y de los instrumentos, categorías y métodos del historiador. Sin embargo, ni este *Debate* ni los que le sigan pretenden responder todas las preguntas, llegar a conclusiones definitivas o desembocar en una discusión cerrada. Por el contrario, nuestro propósito en *Historia Mexicana* es insistir en que todos los temas y problemas están siempre abiertos al debate intelectual, y que todo debate auténtico, por su misma naturaleza, siempre será una *opera aperta*.

C.E.L.